

OLOR

El tío Rafa mascaba chicle continuamente porque estaba intentando dejar de fumar y los chicles, decía, le ayudaban a olvidarse (a ratos, no siempre) del cigarrillo. El tío Rafa había vuelto después de varios años de trabajo en el extranjero, había dicho que Virginia estaba tan mayor que apenas la reconocía y la había besado justo donde termina la mejilla y empieza la comisura de los labios. Un aliento de menta y tabaco rubio llenó la nariz de la niña y le provocó una ligera náusea. El beso se repitió en la segunda visita pero, en aquella ocasión, el tío Rafa se empeñó además en sentarla sobre sus rodillas mientras merendaban un chocolate con picatostes que había preparado su padre porque había que celebrar que Rafa hubiera vuelto y chocolate con picatostes era lo que los tíos y él merendaban cuando eran pequeños. Virginia estaba incómoda sobre las rodillas del tío Rafa, temía que se le cayera el chocolate y su madre la riñera por descuidada, por haberse manchado el vestido limpio. De vez en cuando notaba las manos de tío Rafa rozando sus muslos por debajo del vuelo del vestido y se sentía como si le recorrieran la piel dos pequeños rebaños de animalillos viscosos. Un día el tío Rafa se quedó a cenar y, cuando llegó la hora de irse a la cama, se empeñó en acompañarla. La cogió de la mano y la llevó a su cuarto, la miró lavarse los dientes y la ayudó a desvestirse mientras murmuraba algo acerca de lo mayor que se estaba haciendo, de que casi parecía una mujer. Su madre entró en la habitación justo en el momento en que las manos del tío Rafa iban a posarse sobre sus pechos y ella estaba a punto de vomitar por culpa de su aliento de tabaco y chicle. Días más tarde, su padre dijo que el tío Rafa se había marchado de nuevo al extranjero y no volvieron a verle.

Al señor García, atractivo maduro y soltero de vocación, le gustaba la nueva auxiliar. Aprovechaba cualquier ocasión para pasar por su lado, la cogía por los hombros cuando tenía que decirle algo, se acercaba a ella más de lo que podría considerarse normal. La nueva auxiliar era una joven muy atractiva, parecía tener buen carácter y no mostraba desagrado evidente ante las aproximaciones del jefe administrativo de modo que, en la oficina, todos esperaban con curiosidad el desenlace (que suponían favorable) de la situación. No es de extrañar que se horrorizaran el día en que Virginia, cuando el señor García se inclinó (tal vez demasiado) sobre su mesa para enseñarle un informe, cogió un pisapapeles de cristal macizo y le golpeó con tal fuerza la cara que le dejó la boca convertida en un borrón ensangrentado. No habían caído en la cuenta de que el señor García fumaba tabaco rubio y masticaba chicle continuamente porque estaba intentando dejarlo.